

## EFERVESCENCIA POLITICA EN EL CONGO

### (IV)

Después de la destitución, el 4 de septiembre de 1968, del presidente Alphonse Massemba-Debat y de su reemplazamiento, a título provisional, en la Presidencia de la República por el capitán Alfred Raul, el capitán Nguabi, jefe del ejército, anunciaba la supresión inmediata de varios movimientos revolucionarios: la dirección de la Juventud del Movimiento Nacional de la Revolución (JMNR), la Confederación Sindical Congolese (CSC) y la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo (URFC), que constituían las ramas especializadas del Movimiento Nacional de la Revolución (MNR). Para los nuevos dirigentes resultaba esencial esa disolución, ya que el MNR y en especial la JMNR habían demostrado su plena identificación con Massemba-Debat. En vez de tales instituciones, se creaban los «comités de defensa de la revolución», compuestos de nueve miembros a nivel de cada región, y cuya misión consistía en reestructurar el nuevo partido congolés, que seguiría llamándose MNR.

Simultáneamente se iniciaba en Brazzaville, ante el Tribunal Correccional, el proceso de las personas detenidas «por responsabilidad en la distribución de armas de guerra pertenecientes al Estado», es decir, a los promotores del armamento de las milicias, ocurrido bajo el régimen de Massemba-Debat. Entre los acusados figuraba André Hombessa, ex ministro de Información; Simon Goma-Debat, hermano mayor del presidente depuesto; Bernard Matingue, ex director general de Seguridad, y Paul Banthur, ex presidente de la CSC.

El 6 de septiembre acontecía un hecho cuya significación había de cobrar su verdadero significado cuatro meses más tarde. Ese día se divulgaban rumores insistentes—que eran recogidos ampliamente por diversas emisoras extranjeras—en el sentido de que el capitán Marien Nguabi había sido destituido de su cargo, habiéndose intentado su detención, aunque se había desistido de ello ante la actitud amenazadora adoptada por un núcleo del

ejército que le respaldaba, entre ellos 300 soldados suyos que ocupaban los locales de la emisora «La Voz de la Revolución». Los rumores no pudieron confirmarse en días sucesivos, pero todo parecía indicar que habían surgido fuertes fricciones en el seno de las fuerzas armadas, donde se dibujaban dos sectores, claramente enfrentados, acaudillado por Nguabi uno de ellos y el otro por el comandante Felix Muzabakani, ministro del Interior.

Este enfrentamiento entre dos de los hombres fuertes del régimen militar facilitaba a Raul, tercero en discordia, el fortalecimiento de su posición. Además de la Presidencia de la República, se hacía cargo de la jefatura del Gobierno y de la Defensa Nacional—desplazando al teniente Poignet—; es decir, asumía los principales resortes del mando. Nguabi, no obstante, seguía conservando el mando de las fuerzas armadas. Inmediatamente, Raúl procedía a nombrar un nuevo Gabinete, en el que figuraban, como personalidades más destacadas, Pascal Lisuba, ministro de Estado, encargado del Plan; Nicolas Mondjo, Asuntos Exteriores, y Felix Muzabakani, Interior. Con este reajuste quedaba definitivamente alejado el teniente Poignet, cuyo concurso había sido requerido por los militares en los primeros momentos del triunfo del golpe de Estado, debido a que había ostentado la cartera de Defensa Nacional bajo el régimen de Massemba-Debat. En aquellos momentos iniciales se había considerado prudente atraerlo al nuevo régimen para evitar choques que hubieran puesto en peligro la consolidación del golpe. Ahora, al ser descartado, significaba que la Junta Militar se consideraba suficientemente afianzada.

Otro antecedente que confirmaba esa conclusión es que el día 7 se procedía a desalojar a Massemba-Debat del palacio presidencial—donde aún residía—, siendo trasladado bajo fuerte escolta militar a una residencia que había «puesto a su disposición» el Gobierno y que estaba situada en un campo militar.

Alfred Raul, estimando que había consolidado plenamente su posición, decidía participar en la conferencia cumbre de la OUA, que se inauguraba en Argel. De paso en París—donde se entrevistaba con el primer ministro francés, Couve de Murville, y con el ministro de Asuntos Exteriores, Michel Debré—declaraba que en el Congo «la situación es excelente», ya que de lo contrario, según agregaba, «no hubiese salido del territorio nacional».

Ese mismo día el capitán Nguabi era ratificado como presidente del CNR. Resultaba una determinación muy importante, ya que al CNR le correspondía, entre otras misiones, el nombramiento del jefe del Gobierno, y el presi-

dente de la República no podía destituir a ningún ministro sin su aprobación.

El último paso para la eliminación de los vestigios del régimen de Massemba-Debat tenía lugar el 30 de septiembre con la ocupación del campamento de los instructores cubanos después de un duro combate llevado a cabo por las fuerzas del ejército.

El 9 de octubre Brazzaville decidía romper sus relaciones con Kinshasa debido al fusilamiento de Mulele—ordenado por el general Mobutu—, que había permanecido exiliado en el país y que lo había abandonado bajo la promesa de que no se ejercería ninguna acción contra él.

El 1 de enero de 1969 la radio congoleña anunciaba que Nguabi, ya ascendido a comandante, había sido nombrado jefe del Estado, reemplazando al también comandante Raul. Nguabi conservaba su puesto de presidente del CNR.

Poco días después se agudizaba la tensión con el Congo-Kinshasa (actual Zaire). El ministro de Información, Nzé, comunicaba que «las acusaciones graves, repetidas y permanentes» del Gobierno de Mobutu no permitían «por el momento pensar en una normalización de las relaciones» con dicho país. Con esto fracasaba la misión conciliadora encomendada por la OUA al presidente del Níger, Hamani Diori, y al presidente del Gabón, Bongo. Para subrayar esta postura de incompatibilidad, Nzé anunciaba que el Congo no participaría en la próxima reunión de la OCAM, que había de celebrarse en Kinshasa.

En el plano interior, el acontecimiento culminante consistía en la destitución y arresto del ministro del Interior, comandante Muzabakani. Nguabi se había así desembarazado de su principal rival.

Pero fue a mediados de junio cuando Nguabi daba un golpe decisivo que le abría el camino del poder absoluto. El 22 de dicho mes anunciaba un reajuste ministerial y cambios en el seno del CNR. En ese reajuste se desembarazaba de Pascal Lisuba (ministro del Plan) y de Nicolas Mondjo (que lo era de Asuntos Exteriores). Alfred Raul, que conservaba la jefatura del Gobierno, quedaba encargado del Plan, y Charles Assemekang se posesionaba de la cartera de Asuntos Exteriores. A su vez, el directorio del CNR quedaba reducido a cinco miembros: los comandantes Nguabi y Raul y los presidentes de tres Comisiones que habían sido creadas: Pierre Nzé (Educación, Prensa y Propaganda), Ange Pounji (Economía, Finanzas y Asuntos Sociales) y Justin Lekunzu (Organización).

Mientras tanto se acentuaba la tensión con el Congo-Kinshasa. El 9 de

julio «La Voz de la Revolución» informaba que «trece habitantes de Lokolela, localidad situada en la ribera derecha del Congo, habían sido secuestrados por militares del Congo-Kinshasa». La emisora agregaba que «para vengarse de este acto de provocación demencial, la población de Lokolela—actuando como un solo hombre—ha atravesado el río y se ha apoderado, con una bravura heroica, de tres habitantes de la ribera opuesta, que guarda como rehenes; esto a fin de dar una lección a los autores de este acto de piratería deliberada en las aguas del río Congo».

A mediados de julio se iniciaba el juicio contra Muzabakani en el Tribunal revolucionario de Justicia de Brazzaville. Estaba acusado de atentado a la seguridad del Estado. Junto a él comparecían otras 17 personas, oficiales del Ejército Popular Nacional, destacando el capitán Augustin Poignet. El comandante Muzabakani, según las palabras del fiscal, «se había adherido a un grupo o secta cuya actuación era susceptible de perjudicar a la revolución» y de haber «organizado un complot cuyo objeto era destruir y cambiar el gobierno».

Muzabakani, al término del juicio, era condenado a trabajos forzados a perpetuidad. Poignet, reconocido culpable de los mismos hechos, pero beneficiándose de circunstancias atenuantes, era condenado a ocho años de prisión. De los otros 16 acusados, cinco eran condenados a penas de trabajos forzados o de prisión, entre ellos un periodista—Claude Massamba—por no haber denunciado el complot, cuyos preparativos habían llegado a su conocimiento.

El nuevo régimen procuraba fortalecer sus lazos con los regímenes socialistas, y así, en el mes de agosto, establecía relaciones diplomáticas con el Gobierno revolucionario provisional de Vietnam del Sur. Al mes siguiente recibía una importante partida de armamento enviado por Argelia. Ambos países firmaban un acuerdo comercial para el intercambio de 10.000 toneladas de azúcar de caña congolés por 100.000 hectolitros de vino argelino. Acto seguido Nguabi se trasladaba, en visita oficial en calidad de jefe del Estado, a Pekín.

En definitiva, se comprobaba que el golpe de Estado militar no había supuesto ningún cambio en la orientación revolucionaria y socialista que había emprendido el Congo después de la evicción de Yulu. Habían cambiado las personas; incluso se registraba una evidente lucha por el poder, pero la orientación, decididamente revolucionaria, conservaba su plena vigencia.

En tal sentido, Brazzaville patrocinaba las tesis más radicales. El 23 de septiembre, efectuando una escala en El Cairo, camino de Pekín, el jefe

del Gobierno, Raul, declaraba a los periodistas que el Congo sostenía la causa de los países árabes en su «lucha contra la agresión israelí». «Las relaciones entre nuestros dos países —agregaba— son excelentes y ambos libramos una lucha común contra el imperialismo».

El 16 de octubre Massemba-Debat era, finalmente, encarcelado. El comandante Nguabi ordenaba el ingreso en prisión del ex presidente, del ex ministro Pascal Lisuba y de una veintena de personalidades. Todos estaban acusados de participar en una conjura destinada al asesinato de las autoridades congoleñas. El ex ministro Hombessa, que purgaba una pena de cinco años, estaba acusado también de complicidad en la conjura. Massemba-Debat era transferido de la residencia que ocupaba en el interior del campo militar a la prisión de Brazzaville. Nguabi decretaba asimismo la disolución de la Central Sindical, siendo detenidos varios de sus dirigentes.

Pocos días después, el CNR decidía la elaboración de una nueva Constitución, la creación inmediata de un partido de vanguardia, la reorganización de la clase obrera y campesina y el ejército popular. El CNR destituía de sus funciones al secretario general de la Central Sindical, Jean-Baptiste Missamou, que acaba de regresar de Budapest.

El 19 de octubre el Tribunal revolucionario absolvía a cuatro oficiales acusados de haber intentado liberar de la cárcel al ex presidente Massemba-Debat. Por el contrario, una quincena de civiles, a quienes se había demostrado su participación en este asunto, eran condenados a penas que oscilaban entre los veinte años de trabajos forzados y los dos años de prisión. Esta severidad resulta sorprendente, puesto que el 22 de noviembre el Tribunal revolucionario de excepción absolvía a Massemba-Debat de las acusaciones de complicidad en el asesinato de varios funcionarios del Gobierno, perpetrado en 1965, cuando era jefe del Estado. El Tribunal se limitaba a prohibirle abandonar el territorio nacional y a intervenir en actividades políticas. Eran también absueltos Pascal Lisuba, Ambroise Numazalay, Claude Ernest Ndalla, ex embajador en Pekín, y otras diez personas. Sólo el ex ministro del Interior, Bindi, y el presidente del Consejo Económico y Social, Reysen, eran condenados a diez años de trabajos forzados. De esta forma tan poco equitativa se saldaban las atrocidades ocurridas durante uno de los períodos más siniestros de la historia del Congo independiente.

El 9 de noviembre se informaba en Brazzaville que había sido desbaratado un nuevo complot. La situación se hacía muy tensa. Los militares controlaban la situación y procedían a la detención de cuarenta personas, apoderán-

dose de considerables cantidades de armamento. El comandante Nguabi aseguraba que los conjurados proyectaban asesinarle. Dirigiéndose a la multitud, que reclamaba que fueran ahorcados los culpables, el comandante afirmaba: «Mientras yo viva no correrá la sangre en el Congo. Pero puesto que el pueblo ha dictado su veredicto, esta sentencia se ejecutará. El partido y el Gobierno adoptarán las decisiones oportunas en el plazo más breve posible.»

Ese mismo día, el comandante Raul, que estaba efectuando una visita oficial a Rumania, declaraba: «La tentativa de golpe de Estado que se ha hecho fracasar en Brazzaville es una tentativa de la contrarrevolución... Es preciso que se sepa que la contrarrevolución no pasará. Estamos vigilantes y conocemos todo lo que se trama contra nosotros tanto en nuestro país como en el extranjero.»

El CNR decidía la creación de un Tribunal excepcional y de un Tribunal marcial dotado de los más amplios poderes de represión. Nguabi comunicaba que iban a «ser creadas brigadas de vigilancia para ayudar a los servicios de seguridad a prevenir todo atentado a la revolución. Estas brigadas actuarán de día y de noche, en la ciudad y en el campo». El jefe del Estado, que se dirigía a los militantes del MNR, insistía en que «la revolución, una vez más, ha triunfado. Ha llegado el momento en que debemos pasar de la revolución verbal a una práctica auténticamente revolucionaria».

A las repercusiones internas de este acontecimiento ya nos hemos referido anteriormente<sup>1</sup>. Pero de esta conjura se derivaban también consecuencias internacionales, ya que suscitaba un agravamiento en las tensas relaciones entre los dos Congos. No podía ser de otra forma si se tienen en cuenta las duras acusaciones que se formularon contra Kinshasa en aquella ocasión por el secretario general de Asuntos Exteriores, Theodore Mavungu, quien decía, en un comunicado facilitado a la prensa, que «ante los actos de provocación y de hostilidad permanente de un país limítrofe, el Gobierno del Congo-Brazzaville protesta de la forma más vehemente y llama la atención de la Organización de la Unidad Africana sobre esta situación peligrosa para la paz en Africa central». El comunicado añadía que «en el citado país limítrofe han sido entrenados comandos por el teniente Kiganga, alias "Siroco", gracias a la complicidad de las autoridades del referido país. Los especialistas del ejército, así como los agregados militares de diferentes misio-

<sup>1</sup> Vicente SERRANO PADILLA: «Eferescencia política en el Congo», núm. 128 de esta REVISTA.

nes diplomáticas acreditadas en el Congo han podido ver que las armas, las municiones y el equipo provenían de países de la Europa occidental».

Estas censuras, expresadas en un tono tan duro, suscitaron la irritación del general Mobutu, quien desmintió públicamente las acusaciones durante una reunión popular celebrada el 23 de noviembre en Kinshasa. Según las palabras del general, su país no había participado en forma alguna en la tentativa de golpe de Estado registrada en Brazzaville. Mientras que tres aviones de caza de la fuerza aérea congoleña sobrevolaban la multitud, el general Mobutu afirmaba: «Doy mi palabra de honor, tanto como comandante en jefe como de ministro de Defensa, que si nosotros lo deseásemos, nos serían suficientes dos horas para reducir al silencio a los del país de enfrente. Si yo decidiese ponerme mi boina roja, en dos horas ocuparía la mayor parte de su territorio. No tendrían otra opción entonces que pedir al Consejo de Seguridad la evacuación de los territorios ocupados. Si después de dos horas no hubiese terminado con todo, daría mi dimisión.»

Ese mismo día la frontera entre los dos Congos había sido cerrada. A mediodía las sirenas habían atronado Brazzaville anunciando que el ejército nacional popular había sido colocado en estado de alerta. Las tropas ocupaban los lugares estratégicos de la capital. «La Voz de la Revolución» advertía que todo avión que sobrevolase el territorio nacional sin haber solicitado permiso previamente, sería derribado. Se prohibía toda circulación en el río Congo, y los pescadores eran invitados a volver a sus aldeas. Todo indicaba un clima bélico que podía desembocar en un conflicto entre los dos países. El comentarista de la emisora oficial declaraba: «El Congo-Brazzaville no quiere la guerra; pero si un temerario desea aureolarse de gloria, el Congo-Brazzaville hará la guerra para defender sus derechos legítimos y sus ideales...»

A las veinticuatro horas de que Mobutu hubiese formulado su amenaza de ocupar en dos horas el territorio congolés, el jefe del Estado Mayor del ejército popular, comandante Yhombi, pronunciaba una alocución radiodifundida en la que decía: «Brazzaville nunca ha intentado destruir el Gobierno del país fronterizo, pero las iniciativas contra el Congo-Brazzaville siempre han procedido de Kinshasa. Estamos dispuestos a hacer la guerra si se nos impone. La haremos y estamos persuadidos de que sin material, sin aviones, sin napalm la ganaremos, pues somos los más fuertes.» El comentarista de «La Voz de la Revolución», por su parte, aseguraba que «el país puede demostrar ante la opinión internacional, proporcionando las pruebas adecua-

das, de que los comandos suicidas salen de Kinshasa, que los refugiados políticos establecidos allí enfrente se entregan a actividades políticas susceptibles de atentar contra nuestra seguridad interior, y que, en fin, es, por lo menos, la cuarta vez que todo un arsenal militar ha atravesado el río Congo desde el otro lado».

Este clima de animadversión fomentaba todo género de incidentes. El 1 de enero de 1970, un comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores de Brazzaville informaba que aviones de guerra del Congo-Kinshasa, que escoltaban al presidente Mobutu a su regreso de Uganda y de Burundi, habían sobrevolado Brazzaville el 31 de diciembre. «Se trata de un acto grave, un acto de guerra contra la República Popular del Congo, una provocación sin precedentes», afirmaba el comunicado. Comentando este incidente, la radiodifusión aseguraba que «sin la sangre fría y la lucidez» de los dirigentes de Brazzaville el país se hubiera hundido en la guerra.

La situación era propicia a que en cualquier momento surgiese un incidente que provocase la hecatombe, dada la ofuscación que prevalecía en Brazzaville y en Kinshasa. Al comprobar esa realidad, los presidentes de Gabón y de Camerún, entre otros, decidieron promover una reconciliación, convocando una conferencia en Garua (Norte del Camerún), en la que debían participar seis jefes de Estado del Africa central, entre ellos Nguabi y Mobutu. En la última semana de enero de 1970 cinco de los convocados, con Mobutu en primera fila, esperaron vanamente la llegada de Nguabi. En vista de ello se aplazó la conferencia para el 10 de febrero. En la nueva reunión compareció Nguabi, pero no acudió Mobutu. Otro grave incidente se registraba el 1 de abril. «La Voz de la Revolución» acusaba dicho día al Congo-Kinshasa de una «nueva provocación contra el pueblo pacífico de la República Popular del Congo». Según los informes radiados, el día anterior varios comerciantes, en su mayoría mujeres, «han sido atacados por bárbaros armados procedentes de la ribera izquierda del Congo» mientras que se encaminaban a la isla Mbamu para «sus actividades comerciales». El Ministerio de Asuntos Exteriores enviaba una nota enérgica a Kinshasa, reclamando la liberación de las ocho personas que habían sido secuestradas en el curso del referido incidente.

Sólo en julio de 1970 comenzó a entrar en vías de solución esta situación explosiva. En dicha fecha, la Comisión *ad hoc* encargada de la normalización de las relaciones entre los dos países lograba la reanudación del tráfico fluvial entre Brazzaville y Kinshasa, después de ocho meses de interrupción.

Los antecedentes que hemos venido exponiendo en el curso de estas breves notas nos demuestran que en la República Popular del Congo—aparte de una situación de permanente efervescencia—se ha consolidado una tendencia revolucionaria de índole muy radical. Esto ha implicado la implantación de una sólida influencia de la República Popular de China, que es el modelo elegido por los dirigentes de Brazzaville para su propia inspiración política. La influencia china adquiere su plenitud a partir de 1971, que fue el momento en que Brazzaville invitó a Pekín a que le enviase técnicos, con el fin de instruir al ejército congolés y también para que asesorasen políticamente a los dirigentes y cuadros del partido único. Es decir, que en el Congo ha logrado el maoísmo una situación de privilegio, que está imprimiendo una huella muy potente en la mentalidad de aquellas poblaciones. El Congo y Tanzania son los dos países africanos de mayor penetración china y, en consecuencia, son los dos países en los que la ayuda china ha alcanzado mayor volumen. «En 1965 la China roja compitió con Rusia en diez países africanos, sobrepasando la ayuda rusa en cuatro casos: Congo-Brazzaville, Kenya, Tanzania y Zambia. Si se tiene en cuenta la ayuda americana, la de China sólo ocupa el primer puesto en el Congo-Brazzaville y Tanzania»<sup>2</sup>.

Es decir, que la situación que allí se está gestando ha de revestir la máxima importancia en el futuro de todo el Africa subsahariana. El bastión maoísta del Congo puede estimarse que, caso de que se consolide la situación interna que personifica Nguabi, ha de irradiar una significativa influencia a los países limítrofes. Esto determina, en definitiva, que resulte interesante seguir de cerca los rumbos de ese país, que está llamado a desempeñar un papel de primera fila en un continente, como el africano, que se agita para encontrar su perfil político definitivo.

VICENTE SERRANO PADILLA

<sup>2</sup> «African Economies, Communist Influences», *Bulletin of the Africa Institut of South Africa*, vol. X, núm. 2, p. 50, 1972.

